

Nuestro Círculo

Año 3 N° 75

Semanario de Ajedrez

10 de enero de 2004

EL AJEDREZ Y COLÓN

Por Abelardo Castillo
(De Las palabras y los Días, Emecé, 1988)

Demasiado juego para ser una ciencia y demasiada ciencia para ser un juego, como lo definió Leibnitz, el ajedrez ha sido amado por grandes artistas, pensadores, científicos y guerreros. Tolstoi, Musset, Freud, Schiller, Leibnitz, Göethe, Schumann, Iván el Terrible, Teresa de Ávila, Unamuno, Ramón y Cajal, Einstein, Tamerlán o Napoleón y entre nosotros el Che Guevara, Martínez Estrada y Ruiz Daudet no sólo jugaban al ajedrez sino que a veces fueron verdaderos ajedrecistas. Y entre los argentinos yo agregaría a Rafael Barret, quien nació español y se sintió paraguayo, pero fue uno de los fundadores de la prosa nacional. De Alfred de Musset existe, en la literatura ajedrecística, un bello problema que se conoce justamente como el Problema de Musset. He visto una partida de Tolstoi, un gambito rey, que no vale lo que Guerra y Paz pero que es mejor que buena parte de la literatura actual. Y fue un músico francés, fue André Danican Philidor (Analyse du jeu des échecs) quien estableció hacia 1749 algo así como el Argumento Ontológico del juego: Los peones, escribió, son el alma del ajedrez. Napoleón, como ajedrecista, no era demasiado interesante. Tamerlán, sí. Su biógrafo, Ibn Arab Shah, dice: Timur jugaba al ajedrez porque de este modo trabajaba su inteligencia, pero poseía un entendimiento demasiado elevado para contentarse con el juego común. Por esta razón jugaba siempre al Gran Ajedrez, cuyo tablero constaba de ciento diez casillas. Este juego estaba exaltado con dos camellos, dos jirafas, dos exploradores, dos tortugas y un Visir. Comparado con éste afirma Ibn Arab, con desdén, el ajedrez común no vale nada.

Barret y Martínez Estrada han notado la importancia que el ajedrez ha tenido siempre entre los argentinos. Mucho antes de 1939, es decir, mucho antes de que la segunda guerra obligara a varios de los mejores jugadores del mundo (Najdorf, Pilnik, Czerniak, Eliskases, Sthlberg, Pelikan) a quedarse en nuestro país, ya la Argentina tenía jugadores ilustres como Damián Reca, Roberto Grau, Carlos Guimard o Luis Palau, que no sólo podían competir honorablemente con los mejores de cualquier país sino que, por decirlo así, habían creado una escuela nacional, un estilo. Lo que impone, de hecho, una pregunta: ¿A qué atribuir esta predilección por el ajedrez en un pueblo cuya pasión deportiva, el fútbol, parece ser la antípoda

del juego de Capablanca? Martínez Estrada opina que el ajedrez requiere y hasta exige el perfeccionamiento a solas, y que los argentinos, por razones histórico-políticas evidentes (y desdichadas) somos un pueblo de autodidactas. Miguel de Unamuno sintió lo mismo del pueblo español, y sin embargo, los españoles dan muy raramente grandes ajedrecistas. De todos modos, Martínez Estrada en algo tiene razón, ya que la llamada cultura nacional es obra de autodidactas. O al menos, lo es su literatura. No hay más que pensar que Borges acaso nunca terminó el bachillerato, que el propio Martínez Estrada no tuvo formación académica, que Leopoldo Marechal no fue a la Universidad. Para no hablar de Arlt o de Sarmiento. El ejemplo extremo del homo universalis autodidacta, en nuestro país, es quizá Leopoldo Lugones. Muy pocos hombres supieron mejor que él las cosas que él sabía. Helenista, retórico, filólogo, fue el primero que expuso la Teoría de la Relatividad en la Argentina. Si éste es un rasgo nacional, vale decir, si expresa un modo de ser argentino y no un modo de ser autodidacta, tal vez Martínez Estrada tenga razón.



Lo que de cualquier manera es cierto es que, proporcionalmente hablando, el número de argentinos que juega bien al ajedrez es asombroso. Para decirlo todo, es mayor el número de argentinos que juega bien al ajedrez que el que canta bien tangos. Juego tradicionalmente detestado por las mujeres, en especial por las mujeres de los ajedrecistas, es, curiosamente, el único donde la figura de la mujer es decisiva. No me refiero a lo evidente, al hecho de que la dama sea la pieza de mayor poder destructivo del tablero. Hablo de los orígenes históricos o míticos del juego. Tiene una diosa propia, Caissa, como si fuera una fuerza de la naturaleza, ya que esta divinidad se supone originaria del indo, donde todos los fenómenos naturales tienen un dios. No hay

casi leyenda donde una mujer no sea la causa de la invención del juego, o incluso su inventora. Un mito senegalés cuenta que Rama, en la segunda edad del mundo, había puesto sitio a Lanka. Raván, rey de Lanka, se consumía de incertidumbre y tedio. La mujer de Raván, para sosegarlo y tenerlo quieto, imaginó un campo cuadrado y una guerra emblemática de ejércitos mínimos: el ajedrez.

En otra leyenda, cuyo origen olvidé, pero que recuerda el argumento de Los siete contra Tebas, una reina debe padecer que dos jefes hermanos, sus hijos, combatan entre sí. Uno muere en la batalla; el otro inventa el ajedrez, a pedido de la madre, para mostrarle infinitamente cómo fueron esa batalla y esa muerte. Uno de los problemas de ajedrez más antiguos, y seguramente el más célebre, se llama el Problema de la Doncella o mate de Dil-arám. Existen manuscritos indostánicos, árabes y persas que lo recogen; su fuente más remota es la de la biblioteca del sultán turco Abdul Hamid. En Europa, la posición se ha espejado en doscientas versiones. La leyenda poética, en cambio, es casi siempre la misma: Dil-arám, nombre que (según Averbach) puede traducirse por corazón alegre, es la esposa de un visir que ha estado jugando al ajedrez con un rival temible, y, por qué negarlo, superior. El visir no sólo es un ajedrecista fanático sino un jugador dostoiévskiano: en la fiebre y el vértigo de las combinaciones ha perdido todo, menos a Dil-arám. La última partida se juega por Dil-arám. Una mujer moderna, sospecho, pensaría que el visir es un canalla, que ella no es ningún objeto sexual ni de intercambio y que lo que va a hacer es acostarse con el primero que pase, si es que ya no ha empezado a enamorarse del otro, que juega mejor. Dil-arám, no. Dil-arám, la del alegre corazón, es una inteligentísima muchacha antigua que ama a nuestro visir justamente porque es apasionado y demencial. Además, Dil-arám juega al ajedrez mejor que ellos. La partida es tensa y complicada. Nuestro visir llega a una posición insostenible: el otro amenaza mate en una. Menos mal que nos toca jugar a nosotros y que Dil-arám, con toda su lucidez espiritual y su corazón de pájaro, está escondida detrás de una finísima cortina. Como ya dije, existen unas doscientas versiones de esta posición.

Hay mujeres melodiosas o trágicas que han expresado de mil maneras su amor por un hombre. Julieta Capuleto abominó de la alondra.



La Sirenita de Andersen sacrificó su escamada cola de plata lunar y su canto y su alma inmortal; Dido, aullando, se arrojó a una hoguera; la Verónica de El Desesperado de Bloy le dijo a ese católico con monumental sencillez: Quiero acostarme con usted. Dil-arám, detrás de la cortina, calculó como el rayo una variante de seis jugadas y, con matemático patetismo, murmuró:

-Sacrifica las dos torres, pero no entregues a Dil-arám.

Esto es lo se llama decir lo que hace falta. Entre los árabes, la mujer y el ajedrez suelen formar parte de hermosísimas historias, tal vez porque los árabes parecen incapaces de imaginar nada en lo que no intervenga una (o algo más que una) mujer. Pero es curioso que en el famoso códice de Alfonso el Sabio, Libro de los Juegos (Sevilla 1270) se lea una caudalosa descripción del ajedrez, que termina así: Ca en esto iace toda la sabiduría deste juego e el departimiento. E por esta fuerza que diximos le llaman iuego forzado. Mas porque algunos cuentan que las donzellas le hablaron primero en la tierra de ultramar dizen le luego de Donzellas. Y, en efecto, en el diagrama de una posición ajedrecística que reproduce el libro, se ve jugando a dos mujeres.

No quiero (iba a escribir no debo) nombrar el ajedrez sin calumniar una superstición de quienes ignoran la íntima fascinación de este juego. Me refiero a las computadoras imbatibles que fatalmente agotarán su combinatoria. Edgar Poe (El jugador de ajedrez de Maelzel), ya en el siglo pasado, previó con disparatada lógica que si se construye una máquina capaz de ganar una partida no hay más que extender este principio y construir el autómatas que las gane todas. Esto, en último análisis, parece irrefutable, pero tal vez debió pensar que, construida esa máquina perfecta, también puede armarse otra idéntica. ¿Y qué pasa cuando se enfrentan dos máquinas capaces de ganar siempre? Y hay algo más. Matemáticamente hablando, el número de jugadas que puede durar una partida es 5899 (la más larga que se ha jugado en un torneo magistral no alcanzó las doscientas; la mayoría se decide antes de las cincuenta), pero estas casi seis mil jugadas pertenecen sólo a esa partida ideal, vale decir una serie que, ya desde la primera respuesta, pueda ser evitada de diecinueve maneras distintas, lo que supone diecinueve series nuevas, cada una de las cuales se ramifica en otras. No sé si está claro, pero el lector debe

creerme. Puede decirse que sólo la primera jugada completa (una del blanco, una del negro) permite cuatrocientas secuencias distintas. No digamos que cada partida dure cinco o seis mil jugadas, digamos que dure cuarenta. El número de partidas de cuarenta jugadas que puede realizarse, sin repetir ninguna partida, es 25×10 elevado a la potencia 115, id est, la cifra 25 seguida de ciento quince ceros. Parece mucho, pero es bastante menos del número total de movimientos matemáticamente posibles en el ajedrez. Ese número puede expresarse así: 10 a la décima potencia, elevado a la quincuagésima. O sea un número 1 seguido de cien octillones de ceros.

No dudo que una computadora de grandor razonable (del tamaño del Congreso, digamos) pueda calcular todo esto. Lo que dudo es que haya necesidad de construirla sólo para demostrar que puede ganarle, o quizás empatarle, a un hombre. Supongamos que la máquina gane siempre; supongamos que ni aun en determinadas variantes obligadas un jugador pueda forzar tablas. ¿Qué pasaría? Pasaría que ninguna persona razonable, por ajedrecista que sea, intentaría jugar con ese artefacto. Un paisano porfiado puede correr, a pie o a caballo, contra un Ford a bigotes o una locomotora tipo La Porteña, sobre todo si el invento es una novedad; pero nadie intenta competir, a cada momento, contra un tren bala japonés disparado a doscientos kilómetros por hora. Imaginemos otra fábrica imbatible, otro ingenio ganador. Imaginemos un robot capaz de disparar certeros puñetazos orientados al hígado, al mentón, a la nariz de cualquier boxeador humano. ¿Por qué razón, me pregunto, alguien querría ser aniquilado por tan excelente púgil de latón? Se me dirá que no es necesario construir computadoras de ajedrez perfectas, que basta con que jueguen razonablemente bien. Pero, ¿qué sentido tiene una máquina que hace las cosas más o menos mal? Oigo argumentar que podrían organizarse, con máquinas perfectas, apasionantes torneos entre máquinas. Qué interesante. Esto podría dar lugar a dos tipos de partidas. Unas maratónicas, correctísimas y sosas, que alcanzaran aquel número teórico de casi seis mil jugadas. Las otras partidas serían cortísimas. En rigor, entre computadoras perfectas, constarían de una sola jugada. Supongamos que se haya demostrado que la mejor salida es adelantar el peón rey dos casillas y que, a partir de allí, se hayan calculado los necesarios cuatrillones u octillones que permiten ganar (o sólo empatar) en todos los casos. Muy bien, el sólido autómatas germánico juega peón a cuatro rey; su honorable rival del Japón medita, impasible, durante años. O centésimas de segundos, da lo mismo. Sus microtransistores y bielas seleccionan el programa correcto (que es idéntico al de su intachable contendidor, ya que no hay grados de perfección), y de inmediato los rulemanes de su brazo se accionan para que le dé la mano a su bien engrasado rival. Ha perdido. O han hecho tablas. En las distintas mesas de juegos de los demás países adelantados del mundo, ha sucedido lo mismo. El torneo se juega a doble turno, para que cada autómatas alterne, equitativamente, las piezas blancas y negras. Cualquiera sea el resultado de las

partidas individuales, todos hacen el mismo puntaje. La ventaja de esta refina competición es que, en la sala contigua, unos cuantos seres humanos, podrían organizar un imperfecto torneo tradicional, con el fin de jugar al ajedrez.

Por fortuna, los auténticos hombres de ciencia son más serios cuando se trata de juzgar (o jugar) al ajedrez. He reproducido una partida entre dos de los científicos más privilegiadamente luminosos de nuestro tiempo, Einstein y Oppenheimer. Jugaron una Ruy López; duró veintisiete movidas. En la undécima, Oppenheimer cometió un error escandaloso; Einstein, con lógica del todo humana, dio un jaque, sacrificó un caballo y ganó una torre. Como la esperanza pertenece al alma, no a la matemática, Oppenheimer siguió jugando hasta la aniquilación. El hecho de que esta partida esté registrada, significa que la anotaron, o que es lo mismo, que jugaron muy en serio. Sir Arthur Eddington, el físico-matemático y astrónomo autor de Espacio, tiempo y gravitación y Teoría matemática de la Relatividad, propagador de la abrumadora hipótesis sobre la dispersión de las galaxias y la expansión del universo, ha explicado el átomo de este modo: Supongamos que existan ocho vías principales en el átomo, ocho órbitas posibles para un electrón, de modo que éste tenga en cada momento nueve posibilidades: saltar a una de las órbitas o quedarse donde está. Este ágil electrón nos recuerda al caballo de ajedrez. Muy bien. ¿por qué no describir el átomo como un tablero de ajedrez que contiene un caballo? Otro célebre matemático inglés, G. H. Hardy, es todavía más abismal e inquietante, ha concebido la siguiente imagen del Universo: Si imaginamos el Universo entero, dice, como un tablero de ajedrez y a todos sus protones como piezas de este juego cósmico, y si convenimos en llamar "jugada" a cualquier intercambio en la posición de dos protones, entonces el número total de jugadas posibles es el número diez a la décima a la décima, a la trigésimo cuarta potencias, denominado, concluye misteriosamente, número de Skewwes. Yo siempre he sentido un poco de lástima por aquellas personas que no han conocido el ajedrez, ha escrito Siegbert Tarrasch. Yo también. Muchas veces, además, he pensado que, sin el ajedrez, los americanos no seríamos americanos. Y no es una metáfora, quiero decir que no lo seríamos de ningún modo, que América no habría sido descubierta. Uno de esos documentos mágicos donde aparece lo que he llamado en otro lugar escrituras secretas confirma mi sospecha. Existe una carta de fines de siglo XV, de Bernáldez o tal vez de Martir de Anglería, en la cual, sin tener conciencia de lo que está realmente escribiendo, el autor cree hablar de la pasión del rey Fernando, el Católico, por juego de ajedrez.

Señor doctor, Vuestra merced recordará, sin duda alguna, los buenos consejos que nos dio Antonio Nebrija en sus últimas lecciones. No desdeñéis jamás, decía tan estimable profesor, la más mínima circunstancia, pues a veces puede ser causa de los más grandes acontecimientos.

(...) Ayer, a pesar del mucho calor, que convidaba más bien a dormir la siesta que a quebrarse la cabeza (el rey Fernando) determinó matar las primeras horas de la tarde jugando una partida contra Fonseca, que es una de sus habituales víctimas. El encuentro tuvo lugar en las habitaciones particulares de la Reina, y allí asistimos, entre mucho otros, el Conde de la Tendilla, Ponce de León, Gonzalo de Córdoba y este Servidor de Vuestra Señoría, que fuimos nombrados jueces del campo. Algunas nobles damas, situadas junto a uno de los anchurosos ventanales de la sala, y agrupadas alrededor de un enorme telar, ocupábanse allí de dar los últimos puntos a un magnífico tapiz destinado a la Virgen del Pilar. La vieja Beatriz Galíndez, o sea la Latina, que así la apodan los cortesanos, conversaba en latín mientras don Fernando, atendiendo tan sólo a su partida, vapuleaba duramente al pobre Fonseca. En ese momento la mano de un paje levantó la cortina correspondiente a la puerta principal del salón en introdujo a Fray Fernández de Talavera, Obispo de Avila y confesor de la Reina.

Después de saludar el virtuoso prelado a los regios esposos, apresuróse a interrogar a Doña Isabel, rogando que le participara las decisiones tomadas, respecto del genovés Cristóbal Colón.

Ya os comunicué, en otras de mis epístolas, los atrevidos proyectos que alienta, contra viento y marea, tan audaz navegante; proyectos más conocidos hoy día que las coplas de Mingo Revulgo. Muchos lo tienen por loco rematado, muy pocos le consideran hombre de genio. Dícese que ahora pretende, a mi entender con sobrada razón, el nombramiento de Almirante para encargarse del mando de la pequeña flota que ha de navegar con rumbo a ignotas tierras o llegar quizás a la costa oriental de Asia donde se encuentra la dorada isla de Cipango, descrita por Marco Polo. Pero como andan en dimes y diretes respecto a la concesión de la expresada dignidad (...) el vulgo murmura que Colón ha tomado la vuelta de Palos en espera del término de las negociaciones y decidido abandonar definitivamente España si no le otorgan lo que demanda.

(...) Llegó a mí la voz de la Latina que en tono de dómine adujo: Si fuese simplemente cuestión de dinero, creo que arrojaría perjuicio regatearlo, pues como ya ha dicho Dyonisio Cato en sus dísticos No dubites cum magna petas, impendere parva, pero ahora se pide además de eso una dignidad que no es bueno prodigar; vuelvo, pues, a las andadas, creyendo archiextravagante sostener que existen tierras debajo de nuestros pies en donde los hombres caminan cabeza abajo como las moscas.

(...) Fonseca, que tenía su juego en lamentable estado, aprovechó la ocasión para romper el silencio, con la esperanza de distraer al temible adversario. Para mí, dijo Fonseca, soy del parecer de Cosmes Indocleustes: el mundo es cuadrado como este tablero y está rodeado de agua por todas partes, después de lo cual no existe más que

el abismo. Por eso los árabes, en sus cartas de marear, pintan al extremo del Océano una mano negra y descamada dispuesta a hundir al temerario que ose aproximarse al insostenible precipicio.

En verdad, señor Fonseca, arguyó Fray F. de Talavera, me hacéis caer en la tentación de recordaros lo dicho por Don Alfonso el Sabio en parecidas circunstancias: Si el mundo está hecho así; Dios habría debido consultarme antes de crearlo; tal vez habría podido darle algunos buenos consejos.

Mientras tanto, Doña Isabel, que se había acercado a la mesa donde se jugaba la partida, decía a su regío esposo: Señor, ¿no os parece que podríamos conceder a Colón el empleo de Almirante aunque únicamente en las tierras y continentes que pudiera adquirir en el Océano?

Luego cuidaremos deso, respondió el Rey, a todas luces pensativo, y fijándose poco en las jugadas.

Fonseca vio el cielo abierto, y aprovechando con destreza los descuidos cometidos por su adversario, pronto logró superioridad de juego...

¡Malhaya al genovés!, murmuró Don Fernando frunciendo el entrecejo. Voy a perder una partida regalada. E intentó parar el golpe con alguna zancadilla hábilmente tendida. Fonseca no mordió el anzuelo y su contrario perdía a cada instante más y más terreno.

Lo que es ahora, atrevióse a decir Fonseca, frotándose las manos, la lucha no puede prolongarse más. A Vuestra Alteza no le queda otro remedio que doblar las torres para evitar el mate inmediato.

Pero, Señor, objetó Doña Isabel, o yo estoy ciega o creo que el blanco gana la partida. Y uniendo la acción a la palabra retuvo con la mano el brazo de su esposo, que iba a ejecutar la maniobra indicada por Fonseca. Don Fernando (...) cargando entonces sobre la diestra mano su noble y anchurosa frente meditó de nuevo un buen rato. Ilumináronse al fin sus facciones, plácida sonrisa asomó presto a sus labios, que pronunciaron luego con enérgico acento:

¡Fonseca, eres difunto!

El rey Fernando gana la partida, se levanta de su asiento, hace unas bromas a la Latina, y de pronto dice: Y pienso ordenar a don Juan de Colona que extienda el nombramiento de Almirante a favor de Colón, tal como lo ha indicado vuestra amiga la Reina. Doña Isabel llama a uno de sus pajes, le ordena que monte a caballo y que alcance a Colón, que sigue la ruta de Palos de Moguer.

El resto de la historia la hemos aprendido en la escuela primaria. Es casi imposible no preguntar, trivialmente, qué hubiese ocurrido de ganar Fonseca; de todos modos, ni Pascal, pensando en la nariz de Cleopatra, pudo reprimir una tentación semejante. Más mágico es quizás imaginar que alguna vez, en cualquier club de ajedrez del mundo, dos jugadores repetirán o habrán repetido, sin saberlo, esa posición final. En algún caso, habrán ganado o ganarán las piezas de Fonseca, y será como si esta página se borrara o no hubiera sido escrita.

EL RINCÓN DEL AGUAFIESTAS

34

Por Leonardo Lipiniks Hasenfuss



Juegan las negras

Escribe Neishtadt: "El blanco sacrificó una pieza por el ataque. Su última jugada fue Df1- f4 con la idea de transferir la dama a h6. ¿Qué hubieran ustedes contestado? Analicen también cuál es el que tiene chances de ganar....."

En esta partida entre figuras máximas del ajedrez mundial las negras jugaron

1.... Aa4!! 2.Dg4
 [2.Dh6 Af6 3.Txf6 Axb3+ (3...Axb3 4.Txd6 (4.cxb3 Dxb3 5.Tf2 Dxd1+ ... 6... £d4 - +) 4...Aa2+!+ Geller;]
2...Af6! 3.Txf6 Axb3! 0:1
 [3...Axb3! 4.Tf4 (4.cxb3 Cxf6!+) 4...Aa2+!] El blanco escribió luego que recién vio 4...Aa2+ al estar considerando 4.Df4. Menos mal que también los bien grandes pueden creer que están jugando solos.
 ¡La partida fue nada menos que entre Bobby Fisher y Geller, en Skopje 1967!

Respecto de Raúl Sanguinetti y Renato Sanguinetti, aclaro que no eran hermanos como mucha gente creyó. Con Raúl recuerdo haber jugado dos partidas, empatando una y perdiendo la otra. Con Renato jugué varias veces pero no recuerdo que me haya ganado. La última partida, en el Club Argentino, se la ganó contra un ataque incorrecto que parecía imparables, por lo que se molestó mucho. Renato trabajaba en el Congreso pero sus últimos años los pasó en el Club Argentino. A Raulito no le conocí ocupación salvo el ajedrez siendo profesor de ajedrez en Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires. Fue nombrado Gran Maestro cuando ya no participaba en el ajedrez activo. La mejor actuación que le conocí fue un hermoso triunfo sobre Czerniak y participó en el match telegráfico de Argentina contra España. Hermanos fueron los Bolbochán, los Schocrón, los Casas y no recuerdo más.

NUESTRO CÍRCULO

Website:
<http://ar.geocities.com/nuestrocirculo>
 Director: Roberto Pagura
 Distribuye: Nicolás Britos
 Internet: Víctor Francia
ropagura@ciudad.com.ar

(54-11) 4958-5808 Buenos Aires, Argentina